METODO CURATIVO

DEL COLERA MORBO

POR EL LICENCIADO D. PEDRO VASQUEZ

REIMPRESO EN SEVILLA EN 1834.

Asombrada la Europa con la terrible enfermedad conocida con el nombre de cólera-morbo asiático, reunió las luces de todos sus sábios, y despues de largas disertaciones, y de teorías que la esperiencia ha desmentido, ha visto perecer á millones de victimas entre dolores agudísimos, accidentes y circunstancias espantosas. Parece que el Todopoderoso ha querido demostrar la vanidad de las ciencias humanas, y lo nada que valen sin su ausilio, los afanes del hombre. Yo, sin haber salido jamas de España, sin haber estudiado otro libro de medicina que los escritos por mis compatriotas, acostumbrado á la práctica del célebre D. Severo Lopez, y habiendo observado las enfermedades en los hospitales de Madrid, deduje como un principio cierto, que jamas la naturaleza se engaña en sus insinuaciones, y casi siempre indica, no solo el origen del mal, sino tambien su remedio. No es hoy del caso entrar en pormenores para fijar el modo con que obra el cólera, ni de hacer una difusa disertacion sobre las anomalías de esta rarísima enfermedad. Urge el tiempo, y ofreciendo publicar dentro de algunos dias una Memoria, en que con concision y claridad esplicaré las causas que lo producen, los sintomas que se notan en los coléricos, me limito por ahora á presentar al público el método sencillo con que se ataca el mal, casi con absoluta seguridad del écsito.

Desde el principio se observa en todos los coléricos una sed ardiente, y mueren clamando por agua: así debe suceder, porque consiste el mal en que la bílis se deposita en el estómago, y chupa y consume toda la humedad que necesita el cuerpo humano para ser conservado: en una palabra, el cólera-morbo es muy parecido al cólico bilioso, y por desgracia se le han aplicado precisamente medicinas contrarias en un todo á su naturaleza: así que los atacados han tenido que luchar contra dos enemigos poderosos, á saber: el mal mismo y las medicinas, y raro es el que ha podido salvarse; unos han muerto en poquísimas horas, otros en pocos dias, y otros ya en la convalesencia, y muy raro es el que ha llegado á desarraigar el gérmen maligno que paulatinamente le consume, y le lleva con mas ó menos celeridad al sepulcro. Luego que se presentó el cólera en el barrio de Triana, quise volar al socorro de los enfermos, pero atemorizada mi familia con los horrores que se publicaban, y mas que todo con la celeridad con que en pocas horas desaparecian familias enteras, me impidió llevar á efecto mi resolucion: no insistí en ella, bien satisfecho de que estendiéndose á esta ciudad, me sería fácil convencerme, ó del acierto ó del error del cálculo que habia formado. Estaba persuadido de dos cosas, para mí indudables, á saber: de que la enfermedad no era contagiosa, y de que solo podia atacarsele arrancando la bílis depositada en el estómago, y humedeciendo estraordinariamente al invadido: juzgué para mí mismo, que los tres periódos en que dividen los médicos la enfermedad, eran verdaderos delirios, y confiado en el ausilio del Todopoderoso, salí á la palestra, y me espuse voluntariamente y con impavidez á los demas facultativos. Yo lo soy por inclinacion, aunque no ejercia la facultad mercedariamente; pero cuando sufre la humanidad, siempre soy el primero en sacrificarme en su servicio y obsequio. Tuve la desgracia de ser llamado las dos ó tres primeras veces, para enfermos ya desahuciados por los médicos, y aun abandonados de su familia; vacilé un momento en emprender su cura, pero pudiendo en mí mas la caridad del prójimo que el amor propio, determiné hacer las primeras pruebas, y por fortuna me salieron tan bien, que todos sanaron, no teniendo hoy otras reliquias que los restos de las bárbaras medicinas que les aplicaron. Dí gracias al Hacedor Supremo, y ya seguro, principié á difundir el metodo que observo, y puedo asegurar que de los infinitos que he asistido cuando he sido llamado desde luego, ni uno siquiera se ha desgraciado; y ademas he sacado del seno de la muerte, y devuelto á sus familias, personas que tocaban ya el borde del sepulcro, y para ello no he tomado otro método que el siguiente: Sean cuales fueren los síntomas con que acometa el cólera, han de mirarse con desprecio, atendiéndo únicamente á destruir la causa que los produce; conseguido que sea, cesarán todos, y la vida recobrará el término que le habia usurpado la muerte. En el acto de la invasion tomará el paciente tres pocillos ó jícaras de aceite comun, y mediando de uno á otro ocho ó diez minutos; pasado un cuarto de hora desde la toma del último pocillo (ó antes si el enfermo ha empezado á vomitar) beberá agua mas que tibia en abundancia hasta que rompa el vómito, y este se escitará introduciendo en la garganta una pluma bañada en aceite; si se cansa dejará de molestársele con la pluma, descansará un rato y empezará de nuevo á beber agua tibia (pero no mas aceite): cuando los vómitos le fatiguen demasiado, los hará cesar bebiendo un vaso grande de agua fria, y despues tomará una taza grande de caldo sabroso y bien caliente, procurando que el puchero se componga de vaca y gallina, muchos garbanzos, y yerbabuena: á la hora beberá un vasito de vino bueno de la tierra, y encima mucha agua fria; por manera que cada dos horas venga á tomar un caldo, y en el intermedio un vasito de vino, y agua fria. En esta dieta seguirá dos ó tres dias, hasta que la lengua esté limpia y encarnada; entónces tomará sopa del puchero por mañana, tarde y noche, cuidando siempre de que á cada comida preceda el vaso de vino; así seguirá seis ú ocho dias, y al cabo de ellos, comerá de todo lo que guste, menos queso, leche, y manteca de Flandes. Observando estrictamente este régimen, es casi imposible que recaiga. En atencion á lo que llevo dicho no puedo menos de confesar lo inútiles, y aun perjudiciales que son las sangrías, sanguijuelas, sinapismos, vejigatorios, ladrillos calientes, fricciones, sudoríficos, y toda la clase de medios antifolísticos, y debilitantes, pudiéndose usar de las botijas de agua caliente bien tapadas y envueltas en una bayeta cuando se note bastante frialdad en los piés del enfermo. Ultimamente, sepan todos que este terrible mal se cura promoviendo el vómito y despeños, y bebiendo mucha agua. Tanto á los que han padecido el cólera como á los que han tenido la suerte de librarse, les será utilísimo observar el plan siguiente, mirándole como un verdadero preservativo.

En ayunas se tomará un poco de aguardiente anisado, bebiendo en seguida un vaso grande de agua: antes del desayuno, comida y cena, se hará uso de un poco de vino de la tierra seguido de medio vaso de agua, no volviendo á probar el vino durante estas tres comidas, y sí el agua que sea necesaria. He procurado espresarme en términos que comprendan todos, y por eso he adoptado el lenguaje mas vulgar y sencillo, siendo mi único objeto en la publicacion de este metodo curativo, el socorro y alivio de la humanidad doliente.

SAN LUIS POTOSI.

IMPRENTA DEL ESTADO EN PALACIO,
A CARGO DE VENTURA CARRILLO.

1850.